

# ROBIN DE LOS BOSQUES

JEAN-MARIE PELAPRAT

---

Desde que en 1066 Guillermo el Conquistador y sus normandos habían invadido Inglaterra, los sajones, primitivos habitantes del país, conocían la humillación y el sufrimiento. Todos los reyes que sucedieron a Guillermo fueron normandos, y una verdadera persecución racista se desencadenó durante más de un siglo en el territorio. El propio rey Enrique II hizo asesinar al arzobispo de Canterbury, Thomas Becket, que era sajón.

En el año 1189, sin embargo, el nuevo rey Ricardo I, hijo de Enrique II, llamado Ricardo Corazón de León, aunque normando como sus predecesores, trató de implantar en el reino la justicia y la tolerancia. Los sajones podían, por fin, esperar una era de paz.

¡Ay!, un año más tarde, el 4 de julio del año 1190, Ricardo Corazón de León, en compañía del rey de Francia, Felipe Augusto, partía para la Cruzada...

La noche había caído desde hacía un rato.

Los candelabros, chirriantes, iluminaban la gran sala húmeda del castillo de Nottingham con una pálida luz amarillenta. Sobre las altas bóvedas se proyectaban desmesuradas, deformes, las sombras de tres hombres que intentaban cambiar los destinos de Inglaterra: sir Lewis Northill, sheriff de Nottingham, sir Carlos de Hawborn, conde de Leveland, con posesiones en la región, y el príncipe Juan Plantagenet, hermano del rey Ricardo Corazón de León. El príncipe caminaba a grandes pasos, atrás y adelante, visiblemente agitado, brillantes los ojos, cerrados los puños, en un intento de dominar el temblor de sus manos.

-¿Estáis con los normandos, sí o no? -dijo-. ¿No os parecen suficientes los favores ultrajantes que mi hermano otorgó a esos perros sajones? ¿No queréis ayudarme a cambiar las cosas'?

Se produjo un silencio.

Conocidos eran los bruscos accesos de furor de este príncipe extraño y cruel que su hermano había apartado prudentemente del poder, antes de alejarse del país. Se decía que a veces sufría ataques de enajenación mental.

El sheriff miró de reojo a sir Carlos, que dijo por fin:

-Príncipe, nosotros no somos los primeros, aquí en Nottingham, que soportamos la

arrogancia de los sajones, pero, ¿qué pretendéis hacer? En ausencia del rey, vuestro hermano, el país está gobernado por Guillermo Longcham, obispo de Ely y por Hugo Puiset, obispo de Durham y, en estas condiciones...

¿Queréis burlaros, sir Carlos? –interrumpió el príncipe con cólera–. Eso parece al recordar la poca confianza que mi hermano pone en mí, ya que encarga a otros el cuidado del reino.

¿No soy yo su sucesor legal? Además, Ricardo no tiene hijos, no lo olvidéis.

El temblor de sus manos había ido en aumento. Los otros bajaban la cabeza, sin decir palabra, esperando que la crisis acabara por pasar.

El príncipe se calmó al fin, pero su sonrisa era amarga al mirar largamente a sus compañeros.

–Señores, tengo una novedad que comunicaros; a su regreso de la Cruzada mi muy amado hermano ha sido hecho prisionero por Enrique VI, emperador de Occidente.

–¿Qué decís, príncipe? ¿Nuestro rey cautivo?

¿Se trataría de una invención? A pesar de sus delirios pasajeros, el príncipe era inteligente y astuto. No podía lanzar tal noticia sabiendo que en los días siguientes había de ser verificada. Sir Carlos y el sheriff estaban aterrados. El príncipe comprendió el efecto producido.

–Pues sí, amigos míos, creo que los señores Longchamp y Puiset saben que en adelante novan a ser los amos del país. ¿No vais a demostrarme vosotros vuestra sumisión?

Los dos hombres se inclinaron aun tiempo. Su actitud había cambiado radicalmente.

–Juan sin Tierra me llaman –se burló el príncipe–. Pues bien, desde hoy, todas las tierras del país voy a poseer. Bien seguro que el emperador Enrique reclamará un rescate por liberar a mi hermano; incluso se ha hablado de la cantidad: ¡ciento cincuenta mil marcos de plata!

La suma es considerable. Será preciso imponer nuevos y numerosos impuestos... a los sajones, se entiende. Pero tenemos tiempo, mucho tiempo para reunir este rescate; tanto que mi pobre hermano puede morir en su prisión. Entonces yo seré coronado rey de Inglaterra y sabré acordarme de aquellos que me hayan servido bien..

El sheriff y sir Carlos cambiaron una rápida mirada.

–Nosotros os somos devotos, príncipe –dijo el sheriff.

–No tenéis, señor, hombre más adicto que yo –dijo sir Carlos.

El príncipe alzó la cabeza. Su semblante aparecía marcado con un sello de dureza.

-Muy bien. En tal caso, vigilada vuestros sajones. El condado de Nottingham está infestado. De ahora en adelante se prohibirá a todo sajón casarse con un normando, bajo pena de muerte y confiscación. Se prohibirá a todo sajón cazar y pescar en los bosques reales bajo pena de muerte y confiscación. ¡Habrá que vigilarles, matarles y hacerles pagar los impuestos!

-¿ También a los nobles?

-¿ Es que puede existir la nobleza en esta raza de siervos? Estará prohibido a todo sajón tener feudos sobre este reino que es patrimonio normando. Incluidos los nobles. ¿Hay alguno aquí?

-Sí. Sir Robert de Losckley.

Los ojos del príncipe adquirieron un aspecto inquietante a la luz de los candelabros.

-¿Que quemem su morada! -dijo.

\* \* \*

Había pasado algún tiempo y dos hombres cabalgaban por el bosque de Sherwood, que se extendía más allá del castillo de Nottingham. El uno, vestido totalmente de rojo, con una viola en bandolera, era el trovador Guillermo Scarlett. El otro, vestido de verde, llevaba un sombrero de fieltro con una larga pluma de faisán y una casaca de capuchón. Portaba espada en el costado, un carcaj repleto de flechas en la espalda y un arco colgado del hombro. Se llamaba Robert de Losckley.

-¿,Sabes que las gentes del bosque te han dado un sobrenombre desde que Hawborn hizo quemar tus posesiones? -dijo Scarlett.

-Ya sé, Robin ..... o Robin de los Bosques, según hablen inglés o francés (*La conquista de Inglaterra por los normandos introdujo en el país la lengua francesa, hablada casi exclusivamente por los nobles.*)

-**Hood** quiere decir "capuchón". ¡Malditos normandos! Nos reducen al estado de vagabundos. Yo, que era poeta de corte, me veo en la necesidad de recorrer los caminos, sin detenerme en ningún sitio por el solo pecado de ser sajón. A gusto cambiaría mi viola por una espada, con tal de zurrar, por lo menos, a un normando.

-Bill, nuestro buen rey Ricardo es normando y le amamos. Normandos y sajones, todos somos ingleses.

–Pero Ricardo está lejos y prisionero. ¿No sientes ahora odio en el corazón cuando los soldados del shetiff y los de Hawborn incendian nuestros castillos y nuestras granjas? ¿No crees que es ya tiempo de volverse contra ellos?

–¿Qué podríamos hacer? Sin armas, sin organización, sin un jefe...

Scarlett detuvo su caballo y miró fijamente a Robin.

–¿Sin jefe? ¿Pero no te tenemos a ti? ¿Ignoras que el pueblo sajón no esperará más que una palabra tuya?

Robin evitaba la mirada de su amigo.

–Yo soy muy joven..., no he aprendido otra cosa que a tirar al arco y no tengo carácter para las guerras de partidos. Mi principal defecto es que soy muy descuidado. Yo era rico y poderoso y ahora soy pobre y estoy reducido a vagar por los bosques. Pero, a pesar de todo, soy dichoso con tal de encontrar una pieza a la que dar caza, una fuente de agua clara y un lecho blando donde dormir. Y cuando el rey Ricardo regrese...

–Cuando el rey Ricardo regrese, Juan ha podido ser coronado rey de Inglaterra. ¿Qué podrá hacer entonces, si no dispone de hombres fieles que le ayuden contra su hermano?

Los caballos les habían llevado al borde de un riachuelo, con un puente tan estrecho que por él no podía pasar más que un hombre. En la otra orilla había aparecido una especie de gigante, de músculos impresionantes, con un garrote en la mano. Al ver a Robin y Scarlett exclamó entre risotadas:

–¿Oh! He aquí dos damiselas de alto copete que no quieren tropezarse con un vagabundo sajón. ¿Os doy miedo, monines?

Robin saltó inmediatamente de su caballo, pálido de furor.

–Si buscamos otro punto para atravesar la corriente es porque nuestros caballos son muy pesados.

Las carcajadas del gigante eran atronadoras.

–Puedes pasar, pero detrás de mí.

Robin tomó una flecha de su carcaj y la montó en el arco.

–¿Vas a dejarme pasar, bribón?

–¿Ah, la damisela se enfada! Y se digna amenazarme con sus flechas, cuando yo no tengo sino mi bastón. Era lo que pensaba: la damisela no es muy hombre.

–¿Dices que no tienes más que un bastón? ¿Por tu honor que es así? Entonces yo me haré

con otro.

–Por mi honor que lo es. ¡Lo que voy a divertirme contigo a bastonazos!

Con un tajo de su espada, Robin cortó la gruesa rama de un árbol, mientras el gigante esperaba sin moverse. Scarlett, por su parte, se acomodó sobre la hierba, jugueteando con la viola.

Pronto el desconocido y Robin se encontraban frente a frente, en medio del rústico puente consistente en un árbol tumbado, que unía ambas orillas.

Comenzó el combate.

Y duró menos de un minuto.

Tranquilo y macizo, el coloso paraba todos los golpes, hasta que con un enorme revés lanzó a Robin en medio de la corriente. Cegado por la inmersión, el joven, con desordenados movimientos, intentó nadar, más furioso contra sí que contra su adversario. Este, riendo atronadoramente, le tendió su manaza desde la orilla para ayudarlo a salir.

–¡Ea!, ahora que tenemos en regla nuestros asuntos, nada nos impide ser amigos, así que me presentaré. Todos me llaman Pequeño Juan.

–¿Pequeño Juan? ¿Con esa estatura’?

–Es para diferenciarme de mi padre, que era mucho más grande que yo. ¿Quién eres tú’?

–Robin de los Bosques.

El otro parecía estupefacto, tanto que dejó caer la mano tendida.

–¿Robin de los Bosques tú? Y yo que... ¡Cielos, tratarte a ti de damisela! Te he insultado, provocado...

–No pensemos más en ello, Pequeño Juan. Empezaremos a conocernos mientras me seco al sol.

Los tres hombres se instalaron en la hierba.

–Soy un sajón, uno más entre ellos –contó Pequeño Juan–. Mi casa ha sido saqueada; mi mujer, mis padres y mis hermanos, ahorcados. Y luego me he dirigido al bosque en busca del único señor sajón de la comarca, expoliado como nosotros y capaz de ponerse a la cabeza de la rebelión. Y ese señor eres tú, Robin de Losckley, Robin de los Bosques.

–¿,Cómo’? ¿Por qué dices eso?

–Porque lo dice todo el mundo; el leñador arruinado por los impuestos, el granjero, el cazador cazado a su vez por los normandos, todo el que vive y sufre en el bosque, en

el condado entero; todo el que es sajón y llora la cautividad de nuestro buen rey Ricardo tiene sus esperanzas puestas en ti, Robin de los Bosques.

Scarlett observaba a su amigo, que parecía dudar ante el peso de la tremenda responsabilidad que cargaba sobre sus espaldas. Había tenido una juventud feliz y toda su ambición para el porvenir era la de acudir a los concursos convertido en el mejor arquero de Inglaterra. Ni en sueños había pensado convertirse en caudillo. Y ahora el pueblo sajón, en plena opresión, ponía en él sus esperanzas.

Y sin embargo, trató de oponerse.

–Ya no soy nadie, amigos; el príncipe Juan ha suprimido mis privilegios y mis títulos de nobleza. No soy más que Robin de los Bosques...

–Para nosotros –respondió Pequeño Juan–, tú serás siempre nuestro señor. Tú debes guiarnos. ¿Qué importancia tiene que no detentes poder legal? Te seguiremos en la ilegalidad; el pueblo no puede más, Robin, no puede con su miserable vida... Tus vestidos ya están secos. Vamos, ven conmigo hasta la Horca de Sherwood y comprenderás.

La Horca de Sherwood era un lugar del bosque de igual nombre, un inmenso claro escondido en lo más profundo de la espesa selva, al que no podía llegarse más que por senderos secretos, conocidos solamente de los forestales, y que albergaba numerosas cabañas miserables, donde vivían bastantes desgraciados. Un monje de fuerte corpulencia había acudido en socorro de este pueblo, prodigando a todos sus cuidados. Bajo el burdo sayal llevaba una enorme espada.

–Te presento a mi hermano Tuck –dijo Pequeño Juan, señalando al fraile–. Recoge aquí a todos los perseguidos por las mesnadas de Hawborn, pero es también un hombre de corazón, y no espera más que reunir la gente necesaria para formar el ejército de la floresta. Robin de los Bosques se aproximó al fraile.

–Hermano Tuck, ¿creéis que Dios bendecirá la revolución?

–Dios bendice toda obra que es justa. Tened presente además, Robin de Losckley, que sois vasallo de nuestro rey y que le habéis jurado fidelidad. Es contra los que le traicionan contra los que vamos a luchar.

–Está bien; lucharemos.

Bruscamente, ante el espectáculo de tanta miseria, había tomado su decisión.

–Veo que voy a tener que confiar mi oficio de enfermero a cualquier santo religioso y hacer

un poco de ejercicio -dijo el fraile-. Mi espada estaba empezando a enmohecerse.

-Hermano Tuck, ¿cómo advertiremos a todos los sajones del país que la lucha ha comenzado?

-Por aldeas, granjas y los lugares más alejados, la noticia correrá rápidamente, a pesar de la vigilancia del sheriff.

-En ese caso, que todos los hombres útiles de la comarca se reúnan aquí dentro de tres días.

\* \* \*

Tres días después, una inmensa muchedumbre de hombres armados con piedras, arcos, puñales, guadañas, podaderas y horcas, se concentraban en la Horca de Sherwood.

Robin de los Bosques saltó sobre un pequeño talud para dominar la inmensa asamblea.

-¿Gentes del bosque de Sherwood -empezó-, sajones injustamente perseguidos, yo, Robin de los Bosques, os invito a participar en el gran movimiento de rebelión contra el cruel Juan sin Tierra y sus felones cómplices, traidores a su rey! ¡Gentes del bosque de Sherwood, arrojadlos! Juremos combatir con todos nuestros medios la barbarie y la iniquidad. Juremos que nuestra lucha será noble y sin odio, perdonando al normando justo, ya que sajones y normandos somos todos ingleses, súbditos de nuestro buen rey Ricardo. ¡Juremos que la lucha no ha de cesar hasta que la justicia imponga en el país y regrese nuestro rey!

Un inmenso grito respondió:

-¡Lo juramos!

Los efectos de la rebelión no se hicieron esperar.

En una granja aislada invadida por una tropa de soldados normandos, se vio de pronto surgir a un grupo de rebeldes armados, y los soldados huyeron en el más completo desorden. En la plaza de una aldea donde un sajón acababa de ser azotado públicamente, saltaron de pronto numerosas flechas que fueron a hundirse en los pechos de los verdugos y de las gentes de armas. En un camino del bosque por el que pasaba un recaudador de impuestos, escoltado por soldados, las flechas llovieron sobre éstos. Inmediatamente los rebeldes cayeron sobre los cofres...

En poco tiempo, la tropa de Robin de los Bosques aumentó considerablemente. Gracias al tesoro, pudieron armarse más convenientemente. Siempre presentes y siempre

fugitivos, habían establecido su campamento en torno a la Horca de Sherwood. Los centinelas emboscados en los árboles avisaban de toda excursión sospechosa. Para comunicarse entre ellos utilizaban un código indescifrable, compuesto de gritos de animales. Obligados por la necesidad, habían optado por las emboscadas y los métodos de bandidaje. Pero todo el dinero robado se distribuía entre las familias desposeídas.

Pronto Robin de los Bosques y sus hombres contaron en cada aldea con numerosos hogares de aliados, cuya complicidad estaba bien asegurada. De tal modo, las investigaciones del sheriff chocaban con la vasta conspiración del silencio.

En tanto que una inmensa esperanza adueñaba de los sajones, el desorden y la inquietud reinaban entre los normandos de Hawborn.

En la gran sala del castillo de Nottingham celebraron una agitada conferencia sir Carlos, el sheriff y el magistrado.

—El príncipe Juan estará aquí dentro de tres meses

—rugió sir Carlos— y no va a encontrar más que incapacidad y terror. ¿Sabéis vos, al menos, quién es el jefe de esos bandidos, sheriff?

—Naturalmente, sir Carlos. Es Robin de Losck..., es decir, Robin Hood, Robin de los Bosques...

—Redactad ahora mismo un decreto poniendo fuera de la ley a ese perro. Y que sea publicado en todo el condado.

La puesta “fuera de la ley” era una disposición terrible. En tal caso, una vez aprehendido el desdichado, era condenado a muerte *ipso facto* sin juicio.

El sheriff redactó inmediatamente el decreto y el magistrado estampó en él su sello.

Después lo pasó a Hawborn, para que también estampase su firma.

Pero en el momento en que éste se inclinaba sobre la mesa, con la pluma de ave en la mano, una flecha vino a clavarse en el pergamino.

Los tres hombres palidecieron y se hicieron a un lado.

—¿Una flecha negra! —exclamó el sheriff—. ¡Sólo Robin de los Bosques posee tales flechas!

Le respondió una carcajada. Y vieron con estupor que un hombre había saltado al alféizar de la ventana de ojiva, y que tenía el arco en la mano.

—¿Robin de los Bosques! —rugió el sheriff—. ¡Es él! ¡Osa burlarse de nosotros!

Parecía más escandalizado que aterrado, y no sabía qué órdenes dar.

–¿Es preciso rodear inmediatamente el castillo! –gritó sir Carlos–. ¡No debemos dejarle escapatoria!

Pero ya Robin había desaparecido de la ventana. De un salto gigantesco fue a aterrizar sobre el montón de paja de una carreta, detenida precisamente bajo aquella ventana.

Pequeño Juan, que aguardaba con las riendas en la mano, lanzó los caballos a un galope furioso, estallando en risas, como tenía por costumbre.

Antes de que los hombres de armas pudieran rodear el castillo, la carreta, dando impresionantes tumbos, había atravesado el patio, franqueado el puente levadizo, y desaparecido por fin entre la fronda del cercano bosque.

Hawborn, furioso en grado sumo, aullaba:

–¿Lo pagará un día! ¡Lo pagará! Yo emplearé todos los medios.

Entonces el magistrado, hombre grueso y tranquilo, sonrió apenas murmurando unas palabras en el oído del colérico caballero.

–Robin de los Bosques es un loco temerario. Su coraje y su audacia corren parejas con su descuido. Un día cometerá un error que le será fatal. Tendremos que tenderle una trampa.

–¿,Qué género de trampa?

–El condado entero estará en fiesta con ocasión de la llegada de nuestro príncipe. Para divertir al pueblo celebraremos un concurso de arqueros. ¿Ignoráis que Robin de los Bosques está reputado como el mejor arquero del reino? Jamás ha faltado a concurso alguno. El sheriff dispondrá secretamente un cordón de gentes de armas y nosotros podremos arrestarlo con toda facilidad.

–¿Pero seguramente vendrá disfrazado! ¿Cómo reconocerle?

–¿Por sus flechas negras! –exclamó el sheriff.

–¿No digáis tonterías! Ese día emplearé otras.

El magistrado sonrió fríamente.

–¿No os he dicho que es el mejor arquero de Inglaterra? El vencedor del concurso no será otro que Robin de los Bosques...

La noticia del concurso de arqueros se extendió por pueblos y aldeas a través de los heraldos y llegó también al corazón del bosque. Como habían previsto sus enemigos y a pesar de la oposición de sus compañeros, Robin de los Bosques decidía acudir al concurso.

–No temáis –les dijo–. Iré disfrazado y me escribiré con nombre falso.

Y comenzó a entrenarse diariamente.

Un día, mientras se ejercitaba, vio pasar por el bosque un grupo de cuatro monjes, vistiendo largos sayales y montados en otras tantas mulas. Entonces salió de entre los árboles y se presentó en medio del camino.

–¿Cuál de entre vosotros es el padre prior?

–Yo –respondió uno de los monjes.

–Pues yo soy Robin de los Bosques. Como no suelo asaltar a las gentes de la Iglesia, os suplico que, del mejor grado, me entreguéis vuestro óbolo.

–¿Cuánta cortesía para un bandido sajón! Mejor haríais en portaros bien, puesto que somos normandos.

–No entiendo la distinción en este reino entre normandos y sajones, ya que todos somos ingleses. Quien así lo ha decidido es nuestro rey Ricardo. ¿Me entregáis vuestro óbolo?

El prior sonrió bajo su capuchón. No parecía descontento de la aventura.

–Es que nosotros somos pobres, sajón. A menos que quieras robarnos las últimas desdichadas libras esterlinas que van a permitirnos, con apuros, llegar hasta Londres... Me está pareciendo que no me creéis.

–Robin de los Bosques no pone jamás en duda la palabra de un hombre de Dios. Puesto que estáis necesitados, el óbolo os lo daré yo. Venid conmigo a nuestro campamento, que os invito a comer.

El prior parecía muy satisfecho. Por el camino interrogó a Robin.

–He oído hablar mucho de vos, Robin de los Bosques, y no estoy disgustado de haberos conocido. Algunos hablan bien de vos, alegando que sois fiel al rey Ricardo. No obstante, estando prisionero..., incluso puede haber muerto en prisión...

–Ricardo no es de esos leones que mueren en una jaula. Saldrá de la prisión y volverá a implantar la justicia.

–¿Lo creéis así realmente? Parece que lo encontráis perfecto.

–Perfecto no. Y si pudiera le diría en su cara todos los defectos que le encuentro, por muy rey que sea.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, Ricardo es bastante francés para ser un rey inglés. Ya porque le reclaman súbditos de Normandía, al otro lado del Canal de la Mancha, ya porque está atravesando

mares o en las Cruzadas con Felipe Augusto, el cual en su perfidia se siente muy dichoso al poder alejarle de su país, lo cierto es que rara vez se encuentra en Inglaterra, con gran perjuicio para el pueblo.

—¿Queréis decir entonces que es un mal rey?

—Nada de eso. El pueblo no sufriría por su ausencia si fuera un mal rey.

—¿Bien respondido, sajón! Me habéis hecho un gran favor, dándome esta lección.

Habían terminado por llegar a la Horca de Sherwood. El prior descendió entonces de su mula y, ante los ojos espantados de Robin de los Bosques y de sus hombres, retiró su sayal y capuchón, dejando al descubierto su uniforme guerrero, con su cota de mallas, mientras que sobre el pecho resplandecía el escudo con los tres leones de Inglaterra sobre campo de gules. ¡El escudo de Ricardo Corazón de León!

También sus compañeros se despojaron de sus sayales, apareciendo con túnicas de cruzados adornadas con su gran cruz roja.

Robin y los suyos cayeron de rodillas.

—¿Sí, amigos míos! ¡Este es Ricardo Corazón de León, vuestro rey!

—Señor —dijo Robin—, perdonad mi audacia, pero yo no retiro una palabra...

—Y haces bien, sajón. De todos mis súbditos, tú eres, ciertamente, el más franco y el más fiel. Está visto que es entre los “fuera de la ley” donde se encuentran mis mejores amigos.

—El pueblo entero os aguarda.

—El pueblo..., puede ser. Pero, desde mi llegada he podido darme cuenta de que mi hermano ha tomado el poder y hace pesar su tiranía sobre este reino que él soñó siempre poseer.

—Pero..., no obstante, ha debido pagar vuestro rescate, puesto que estáis aquí.

—Conocéis mal a mi hermano, señor de Losckley. Yo estoy aquí porque he logrado evadirme y atravesar el mar con estos tres valientes que me acompañaron durante mi cautiverio. Juan, como todo el país, ignora mi presencia y me veo obligado a esconderme, porque no dudaría en hacerme asesinar. He ahí la razón, señor Robin, por la que he pensado acudir a encontraros para solicitar vuestro asilo.

—Señor, grande honor es para nosotros. Acabáis de encontrar aquí fieros combatientes que se pondrán inmediatamente en acción para restablecer vuestros derechos.

Ricardo Corazón de León y sus compañeros se refugiaron en la Horca de Sherwood, junto a los proscritos. Pasaron los días...

\* \* \*

El castillo de Nottingham, bajo un cielo esplendoroso, resplandecía con los mil estandartes con que estaba empavesado. No lejos del enorme recinto, cerca del albergue “La Torre de Jerusalén”, se extendía un vasto espacio de arena. Era allí donde se había establecido la liza en la que se desarrollaban los juegos. Una tribuna, adornada con los escudos de armas de las familias más importantes de Inglaterra, dominaba una multitud de tiendas multicolores destinadas a los caballeros que tomaban parte en el torneo, comprendidos sus séquitos. Los juegos constaban de dos partes: el torneo a caballo para los nobles y el concurso de arqueros para los plebeyos.

Desde las primeras horas del día una densa multitud rodeaba la liza. Todo el pueblo de Nottingham estaba allí. Como siempre, las atracciones anexas proliferaban: titiriteros con osos y monos, trovadores, acróbatas, mercaderes...

Al pie de la tribuna, el sheriff y el magistrado observaban con inquietud toda aquella muchedumbre que no esperaban fuese tan numerosa. Sin ruido, los cordones de gentes de armas iban situándose en los puntos previstos. Nadie parecía prestarles atención. Algo tranquilizados, los dos hombres observaban con atención el castillo, para reunirse con el cortejo oficial.

Por fin sonaron las trompetas, y se vio avanzar entre dos hileras de pajes y montados sobre palafreos cubiertos con ricas gualdrapas al príncipe Juan y a Hawborn. El sheriff y el magistrado se les habían unido y seguían tras ellos. Los arqueros del rey, al mando de su capitán, formaban en la comitiva, incrementada con los señores normandos y sus escoltas. Clérigos a pie cerraban la marcha.

La brillante comitiva fue a situarse en la tribuna y el príncipe dio la señal para la apertura de los juegos.

Los heraldos de armas hicieron sonar sus trompetas y repicar los tambores. La primera justa comenzó con un furioso galope seguido de nubes de arenas.

Entonces pudo divisarse a un curioso participante montado sobre un caballo negro. Se había inscrito con el nombre de Caballero Negro. Incluso su escudo estaba envuelto en tela negra.

Antes de que éste saliera lanzado, el príncipe Juan se alzó del asiento para preguntarle:

—¿Por qué este color, caballero, y por qué el misterio sobre vuestra personalidad?

—Porque estoy de duelo, señor.

–¿Puedo saber por quién?

–Por mi país.

Un temblor extremo sacudió al príncipe. Aquella voz, aunque deformada por el yelmo., no era la primera vez que la escuchaba...

Sin más, el Caballero Negro se había lanzado a un furioso galope.

Fue el vencedor de la primera justa, con arreglo a las normas del torneo, admitido en la segunda. Venció también en ésta y en la tercera y en la cuarta. Para la quinta no quedó más que un rival, que mordió el polvo, como los precedentes. Un rumor comenzó a correr entre el pueblo: ¿Quién era mejor arquero que Robin y mejor en el torneo que Ricardo?

Sonaron las trompetas proclamando la victoria definitiva del Caballero Negro. Entonces, en lugar de llegar a la tribuna para saludar a los regios personajes, como establecía la costumbre, se le vio dirigirse al galope hacia el extremo de la plaza para desaparecer después. Inmediatamente se presentaron los ayudantes de campo y prepararon el terreno para el concurso de arqueros. Cinco blancos, sobre soportes móviles de acero, fueron dispuestos al extremo del terreno. Después de cada eliminatoria se les alejaban varios pasos.

Robin de los Bosques se hallaba entre los veinte concursantes. Llevaba una larga capa parda y un sombrero de anchas y caídas alas. Se había inscrito con el nombre de William el Cazador.

Un silencio pesado, sólo turbado por los silbidos de las flechas y los impactos, había sucedido al estrépito del torneo. En la tribuna, el príncipe y sus secuaces seguían apasionadamente el concurso. Habían reparado en el desconocido del largo manto pardo, que en todas las series salía vencedor.

El sheriff y sus espías arrojaban furtivas miradas a Deawell, el capitán de las gentes de armas que debería, en el momento oportuno, lanzar la orden de arresto.

Ante el príncipe, sobre un cojín de satén púrpura, centelleaba una flecha de plata con incrustaciones de gemas, que sería la recompensa del vencedor. Cuando éste marchara hacia la tribuna para recibir el premio de manos del príncipe, el sheriff alertaría a Deawell, que lanzaría a sus gentes contra él.

Pronto no quedaron sino dos concursantes: Wern el Rubio y William el Cazador. Wern lanzó su flecha que fue a clavarse en el centro mismo del blanco. El disparo había sido inigualable. Pero cuando Robin disparó a su vez, un clamor se elevó entre los

espectadores más próximos: su flecha acababade hundirse hasta el mango en la flecha de su adversario. Este increíbleéxito consagraba a William el Cazador como el vencedor del concurso. Ya no tenía más que acercarse a la tribuna para recibir la flecha de plata. Todo sucedió muy rápidamente.

–¿Deawell! –aulló el sheriff.

Pronto dos soldados se lanzaroncontra Robin. Este lanzó al aire su manto, dejando visible una espadaque desenvainó. En el mismo instante, los cordones de gentes dearmas se concentraron sobre el terreno. Robin estaba cercado. Pero entoncesgritó:

–¿A mí, Sherwood!

Bruscamente surgieron de la multitudguadañas, podaderas, hachas, arcos y espadas. Todos los hombresdel bosque, congregados allí desde antes de iniciarse los juegos,invadieron a su vez la liza. La confusión fue general.

Despues los bandos se fueron definiendo y agrupando hasta situarse frente a frente y el combate tomó el aspecto de una batalla organizada. Entre los de la floresta podíadistinguirse la roja cabeza de Scartett, que combatía cantando unacanción del trovador Blondel de Nesle; Pequeño Juan, consu garrote lanzado metódicamente entre risotadas, en tanto que FrayTuck, a cada golpe de espada, decía una corta oración enlatín.

En la tribuna, como alucinado, losojos fuera de las órbitas y las manos temblorosas, el príncipeempezó a aullar:

–¡Esto es un atentado! ¡Detenedles! ¡Arrestadles a todos!

Pero su voz se perdía entreel tumulto. Por otra parte, ante el formidable asalto de los “fuera dela ley”, los hombres de armas, desbordados, retrocedían aunque combatiendocon la fuerza de la desesperación.

Hawborn había saltado alterreno para tomar parte en el combate y fue a encontrarse frente a frentecon Robin de los Bosques. En el paroxismo de su furor actuaba locamentey, en el primer encuentro, el arquero le alcanzó en el hombro consu espada y Hawborn cayó, para ser pronto pisoteado por los otroscombatientes.

El sheriff y el magistrado se habían dado a la fuga. En la tribuna, los señores normandos permanecían inmóviles y dudando. El príncipe Juan descubrió entonces que estaba solo.

Animado de un coraje extremo, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

–¿Arrestadles! ¡Matadles! ¡Matadles a todos!

Una voz le respondió entonces:

–¿Quién puede dar aquí esas órdenes, excepto el rey?

Era el Caballero Negro, que había atravesado al galope el terreno, sorteando a los combatientes. Levantó la mano y ordenó:

–¿En nombre de vuestro rey, gentes de armas de Nottingham, bajad vuestras armas!

Le obedecieron como petrificados.

Seguidamente el Caballero arrancó el velo negro de su escudo y los tres leones de Inglaterra sobre campo de gules fueron visibles. Después retiró su yelmo. Y todos, con estupor, pudieron reconocer a Ricardo Corazón de León.

La multitud estalló en una inmensa ovación. Los señores normandos abandonaban precipitadamente la tribuna para ir a postrarse con sumisión ante el rey que acababa de aparecer.

Juan también acabó por postrarse ante Ricardo.

–¿Mal hermano y usurpador! –exclamó el rey–. Serás desposeído de tus derechos y desterrado.

En cuanto a Robin de los Bosques, recibió el nombramiento de par del reino. La dicha había vuelto al país y la aventura parecía terminada. Se casó con una noble joven normanda y se retiró a vivir en sus reconquistadas posesiones.

¡Ay!, en 1199, Ricardo Corazón de León encontró la muerte en el asalto a la fortaleza de Chalus, en Francia. Juan fue proclamado entonces rey de Inglaterra y la tiranía volvió a implantarse. No había olvidado sus viejos rencores.

De nuevo proscrito, Robert de Losckley volvió a convertirse en Robin de los Bosques. Y fue en el bosque de Sherwood, que tanto había amado, donde debía terminar su vida, bastante tiempo después, durante el reinado de Enrique II.

Se cuenta que murió envenenado por una vieja dama, que siempre fue su enemiga. Cuando sintió que la muerte se acercaba, quiso por última vez disparar con su arco. Pero como estaba tan débil, la flecha cayó a escasa distancia, en el jardín de la dama a la que causaba su muerte.

–Ahí deseo ser enterrado– dijo a Pequeño Juan, que jamás le abandonó–. En el mismo lugar donde ha caído mi última flecha...

Inglaterra iba a guardar siempre en su recuerdo al legendario “fuera de la ley”. Todavía hoy,

antelas verjas del Castillo de Nottingham, convertido en museo, se yergue la estatua de Robin de los Bosques.

**FIN**